

erigisteis las barricadas y disparásteis vuestras armas al pecho de los republicanos; vosotros sois los únicos responsables de todas nuestras desgracias, vosotros los asesinos de la libertad y de la República, que no se pierden tanto por las asechanzas de sus contrarios como por las exageraciones de sus mentidos apóstoles y de sus falsos amigos.

Una cuestión inoportuna, que podía embarrasar la marcha de las elecciones, dividir las falanges de la democracia, y traer en París mismo, ventajas y hasta victorias al Imperio, se planteó grave y formalmente en numerosa reunión pública, cuando hasta allí sólo se discutiera en algunos periódicos avanzados, la cuestión temeraria de los juramentados y los injuramentados. Esta reunión celebrada el 4.º de Noviembre de 1869 en la calle de la Fidelité, decidió la presentación de las candidaturas injuramentadas de Ledru-Rollin, Barbes y Félix Pyat; la designación de un comité que apoyara estas candidaturas y consiguiera el desistimiento de los candidatos demócratas. El principal defensor, el héroe de las candidaturas injuramentadas, era un candidato juramentado, era Mr. Rochefort. Aquí puede recordarse el refrán castellano de harto de carne, predicar el ayuno; ó la frase con que los curas poco ejemplares salvaban su conciencia y sus escrúpulos: haz lo que yo digo, y no hagas lo que yo hago. Rochefort no comprendía cuánto le dañaba su conducta. Decir que la prestación del juramento era una grande inmoralidad, y prestarlo, equivalía á decir que él perpetraba inmoralidades á sabiendas; ó que él se creía, como los dioses antiguos, superior á todas las leyes, pudiendo violarlas sin mancharse y sin perderse, por virtud de un milagro de su poder, ó por los méritos de su infalibilidad. Votar por los injuramentados era tanto como votar en blanco; y para votar en blanco no necesitaba de trabajar con febril actividad, puesto que siempre era idéntico el resultado: la nada. La cuestión de los injuramentados,

bajo otro aspecto, en otras condiciones y términos, equivalía á la cuestión del retraimiento. Y la experiencia demostraba que de haberse retraído los electores de los comicios y los diputados de la Cámara, viniera el silencio de la tribuna parlamentaria y el sueño de la conciencia nacional á dar vida larga y serena al Imperio, muerte y olvido á la democracia. El retraerse de las elecciones porque se las cohibe y se las falsea, exige retraerse del Parlamento, porque se le corrompe y se le limita; de la prensa, porque se la ceta y se la persigue; del libro, porque se le censura; y de abstención en abstención llegaríamos á convertirnos en verdaderos solitarios y penitentes de una Tebaida política, absortos en las místicas contemplaciones de la libertad, incapaces del trabajo y de la acción. El secreto de todo este movimiento por los juramentados estaba en el error siempre divulgado por los profetas de la democracia, y siempre creído cándidamente por el pueblo, en el error de imaginar posible una revolución formidable en tiempo dado, y á plazos fijos. El desconocimiento de las leyes sociales en política arrastra á errores tan grandes en sí y tan trascendentales á la vida como el desconocimiento de las leyes naturales en física y en química. Por ese desconocimiento casi universal nos hallamos en período de plena alquimia, de plena magia, cuando debíamos hallarnos en el período de la política matemática. Pedirles á los individuos una revolución es como pedirles una tempestad. Vivimos en tres grandes esferas: en la esfera moral; en la esfera natural; en la esfera social. En lo moral somos completamente libres, y por consecuencia, completamente responsables. En lo natural ya no somos tan libres, ya estamos sujetos á las leyes de la gravitación, á las leyes de la respiración, á las leyes físicas, químicas, cosmológicas, que no podemos romper sin peligro de enfermedad ó de muerte. Y en lo social nos sucede lo mismo. Entre la esfera social y la esfera individual hay la di-

ferencia que entre los círculos concéntricos. La sociedad es el círculo exterior. Su radio por consiguiente es mucho mayor que el radio de la acción individual. Podemos contribuir con nuestros esfuerzos individuales á una obra social; pero no podemos completarla, concluirla, perfeccionarla sino con el manifiesto concurso de toda la sociedad. Y la obra social por excelencia es la revolución. Ninguna necesita como ella del aire que derrama el espíritu humano; de la luz que difunde la conciencia pública; de la electricidad y del magnetismo que tienen las ideas; del verbo redentor encerrado en la palabra, en la elocuencia; de las corrientes de los tiempos; de la suma colosal de fuerzas que llegan á tener tanta grandeza y tanta importancia como las mismas fuerzas cosmológicas; de esa vida, impalpable, etérea, que está en todas partes, y no se vé en ninguna, y que sin anunciarse casi, cuando ménos se espera, estalla, agita y desgarrar el suelo, forma luminoso tonante cráter, y arroja á borbotones el fuego tremendo y purificador en que se derrite y se funde la vieja sociedad y la nueva se forja y se acrisola. Si la vida social está compendiada en la persona de un solo hombre, como en los imperios asiáticos, las conspiraciones de serrallo pueden derribar un déspota y sustituirle otro que funde y personifique una nueva vida social. Pero en nuestros tiempos modernos, en nuestros pueblos democráticos, en nuestras instituciones, antes que todo necesitáis ganar la opinión pública para que os preste el concurso social que piden las grandes transformaciones; y no se gana la opinión pública sino por la virtud de las ideas; y no se encierran las ideas sino en los esplendores de la palabra; y no resuena y brilla la palabra sino en las cimas de la tribuna parlamentaria, altar misteriosísimo en que la conciencia nacional se enciende y vivifica. El retraimiento, que estaba en el fondo de la cuestión de los juramentados y los injuramentados, equivalía pura y simplemente al suicidio.

Y si estos inconvenientes generales encontraban la cuestión de los injuramentados en teoría, en la práctica tropezaba con dificultades insuperables. Por una disposición de las leyes no se mencionaban ni se contaban las papeletas llenas con los nombres de los injuramentados. No habia, pues, medio de saber los votos que obtenían estas candidaturas fantásticas, estas sombras de aparecidos políticos. Pero el humano ingenio encuentra en todo y para todo recursos. Dos expedientes se propusieron: abrir una lista aparte donde fueran á inscribirse los electores que estaban por los candidatos injuramentados, lo cual, si el gobierno lo permitía, era factible en cualquier tiempo, con cualquier motivo, sin que diese grandes resultados políticos; ó apropiarse á los candidatos injuramentados las papeletas en blanco, lo cual fácilmente se desnaturalizaba por la manifestación de algunos electores que dijeran: «Nosotros hemos votado en blanco y no hemos votado ciertamente por los candidatos injuramentados.»— El resultado práctico, positivo, tangible, es el resultado de todas las maniobras intransigentes, de todas las calaveradas políticas, de todos los medios extravagantes y extremos: que París estaría representado contra su voluntad y su conciencia en el Cuerpo Legislativo por los cómplices del golpe de Estado y por los cortesanos del César. La política extrema y roja solo cedía en favor del Imperio y en daño de la República.

Pero los rojos contestaban á estas reflexiones alzándose de hombros y diciendo que ellos cumplían estrictamente con su deber y no se curaban ni de las consecuencias ni de los resultados. En política es malo todo hecho inútil; es pésimo todo hecho dañoso. Un día pierde un siglo. Una falta leve en sí es un crimen grande por su alcance y su trascendencia. Cuando más se apuraba á los intransigentes á fin de que declarasen el resultado práctico de su empresa descabelladísima decían que el poder ejecutivo oiría al sufragio

universal, que el delegado del pueblo bajaría la cabeza ante el veredicto del pueblo, disolviendo inmediatamente la Cámara. Pero tales explicaciones ó eran pretextos fútiles ó eran esperanzas insensatas. De ningún modo podía el resultado de tres ó cuatro distritos invalidar el resultado de todos los distritos y disolver la Cámara. Y por fin los grandes Catones, enérgicos y puros, de alma estoica y vida sin mancha, que empuñaban su espada y se abrían las entrañas por no contaminarse con los cortesanos del César en el prostituido Senado del Imperio, lo esperaban todo de la inteligencia y de la magnanimidad del César. Pues los Favres, los Gambettas, es decir, los dóciles y serviles, todo lo esperaban de su palabra ardiente, de sus votos concienzudos, de sus propios derechos; apareciendo al cabo más prácticos y ménos cortesanos que los inflexibles. Y sucedía esto porqué, ni en política, ni en ninguna otra esfera de la vida, se puede violentar la naturaleza, sin caer en lo criminal ó en lo absurdo.

Los partidarios de esta maniobra política eligieron para que la representase la persona de Ledru-Rollin. Pocos hombres había en Francia tan justamente queridos del pueblo por su vida pura, su conciencia íntegra, la energía de sus convicciones, la fuerza de su palabra digna de los tiempos de la Convención. Enemigo de las exageraciones socialistas, fundador del sufragio universal, miembro del gobierno que fundó la República, era uno de esos tipos colocados por su mérito sobre las contiendas del partido como las altas y serenas cimas sobre las bajas y ruidosas tempestades. Los tiempos de la renovación política se acercaban. La generación, que había fundado el Imperio, ó se desengañaba de su obra, ó se moría maldiciéndola, mientras la nueva generación se adelantaba con la fé en la idea democrática y con la esperanza de reivindicar la República. En esta crisis suprema se necesitaba un hombre extraordinario que representara la libertad, la tradición

republicana, la idea democrática, cuando vinieran los tiempos críticos y supremos de la renovación social. ¿Por qué, Mr. Ledru-Rollin, dotado de tantas facultades superiores y con títulos tan extraordinarios, vino á mezclarse en esta funestísima cuestión de los juramentados y de los injuramentados, cuestión en mal hora suscitada y en hora peor, mucho peor sostenida? Los partidarios de la lucha legal rogábanle que prestase juramento y se asentara en la Asamblea. Los partidarios de la abstención rogábanle á su vez que se decidiera por los abstencionistas. Ledru-Rollin abrazó este partido y suscribió la abstención declarándose en pró de los que pugnaban por presentar y sostener los candidatos injuramentados, gravísimo error, cuyas tristes consecuencias cayeron con estrépito sobre el mismo que lo cometía.

Su manifiesto resonó con muchos y repetidos ecos. Escrito en estilo declamatorio, falto del nervio de sus discursos, sobrado de tópicos revolucionarios, veíase que este grande hombre no aprendiera nada en su destierro, y que, después de veinte años, volvía con sus antiguas ilusiones sobre la fuerza de la revolución y sin grande fé en los medios parlamentarios que á sus propios ojos transformaban Inglaterra, para la cual esperaba Ledru-Rollin, desconociendo el carácter británico y la virtud de las públicas libertades, una revolución tan tremenda como el 93 en Francia, obra sangrienta de largos siglos de horrible tiranía. La actitud política del célebre tribuno era tanto más triste cuanto que por ella se convertía en jefe de los socialistas siendo enemigo del socialismo; y en partidario de la abstención después de haber aconsejado á los suyos desde el destierro que lucharan con verdadero empeño en todas las elecciones. El desencanto fué general; las críticas de sus enemigos acerbas; el dolor de sus amigos intenso; y solamente se alegraron aquellos que quieren hacer de actos electorales pacíficos, verdaderos escándalos revolucionarios.

En seguida tocó las consecuencias de tantos errores. Sus partidarios creyeron que el éxito de la maniobra abstencionista estaba en la presencia de Ledru en París, y le enviaron una comisión para decidirle á presentarse. Los corifeos de la comisión eran Rochefort, que agravaba cada vez más su falsa política; y Flourens, célebre jóven, que por vez primera aparece en esta historia, exigiendo de nosotros, llamados á verle en circunstancias más dramáticas y á asistir á su trágica muerte, un breve momento de profunda y concentrada atención. Flourens era un muchacho heroico, perdidamente enamorado de la libertad. Ninguna pasión humana sentía su pecho más que esta pasión exaltada, furiosa, exclusiva, con todas las inquietudes, con todos los celos y todos los tormentos del amor. Su idea se absorbía en la democracia, su voluntad se iba tras la democracia como suspensa; todas sus ambiciones se reducían á vivir trabajando y á morir combatiendo por su definitiva victoria. Temperamento nervioso, carácter exaltado, alma valerosísima, en Grecia hubiera sido uno de los que pelearon sobre las Termópilas con Leonidas; en Roma uno de los que murieron con Cayo Graco en el bosque de las Junas; en la edad evangélica, uno de los creyentes que desgarraban sobre la arena del circo los dientes y las garras de los tigres; en la Edad Media, uno de los monjes herejes que despertaban desde el púlpito la conciencia humana y que entraban en la inmortalidad por las llamas de las hogueras; siempre algo que se acercara al sacrificio y que tuviera los prestigiosos resplandores del martirio. El nombre que llevaba, nombre ilustre en la ciencia, le podía procurar una cátedra donde recoger las profundas satisfacciones de la vida; el cultivo constante del humano saber; las rentas necesarias á la verdadera independencia; la consideración del mundo con el entusiasmo de sus discípulos; y dejó todos estos encantos, demasiado tranquilos para su vocación por el dolor, trocándolos por la zozobra

del conspirador, los peligros del combatiente, los trabajos hercúleos del propagandista, el odio que acompaña siempre á la vida y que á veces causa la muerte del reformador y del revolucionario. Con patria segura se fué al destierro, porque la patria no era al mismo tiempo la libertad; con hogar tranquilo y abundante en compañía de sus padres se fué á vivir en el trabajo, casi en la miseria, porque ese hogar no estaba guardado por el derecho sino por la recelosa tiranía. Ya en Bruselas, su alma de poeta, su corazón de héroe, aquejados por la sed del combate y del martirio, le impulsaron á ir á Constantinopla y á sostener allí al borde de aquellos mares y bajo el esplendor de aquellos cielos, frente á frente del despotismo mahometano, la sacratísima causa del pensamiento y de la conciencia libres. En esto, la insurrección de Creta estalla con terrible estallido y se agrava con extraordinaria gravedad. Creta pugna por incorporarse á Grecia; por refundir su espíritu con el espíritu de su antigua sagrada patria; por adherirse á los helenos, á ese coro de géneos, en cuyas frentes no han podido borrar veinte siglos de desgracias los reflejos de la inspiración; y el turco que ha puesto á la isla hermosísima la argolla de sus leyes como á una favorita del serrallo, la oprime, la denigra, la martiriza, la desgarrá. Flourens tiene amor vehemente á la libertad de todos los pueblos, amor veheméntísimo á la libertad de los pueblos helénicos, gloriosos padres de la democracia, del arte, y de la ciencia, de esta trinidad humana, cuyos tres términos se identifican entre sí, formando la obra maestra de la razón, que es el alma del derecho; y corre á las playas donde abrió sus alas el génio de las primeras inspiraciones; á los desfiladeros donde derramaron su sangre las venas de los primeros héroes; á la tierra de los milagros para morir por aquellos, en cuya lengua habló Demóstenes contra todos los tiranos, y á cuyas plantas murió Byron, el poeta de la duda, mártir de su fé en la resurrección de la eterna musa de la historia y

en la confraternidad de todas las grandes razas del mundo. Aquellos combates de Creta empeñados á nuestros ojos parecen ya legendarios por su heroísmo. El combatiente que de la muerte se libraba, caía en la esclavitud; el que no iba á reunirse con sus padres, libre de las cadenas de la materia, en los cielos del martirio, se reunía con los esclavos en los mercados del Asia. Ciento noventa y siete hombres, y trescientas cuarenta y tres mujeres prefirieron morir todos haciendo saltar el convento de Arcadion en donde se habían refugiado á entregarse á los turcos. Un año entero anduvo Flourens de campo en campo de batalla, combatiendo con el ímpetu de un héroe del Mediodía y con la tenacidad de un soldado del Norte, perseguido, acosado por los turcos; al frío en las largas y destempladas noches de invierno, al calor de la zona tórrida en los ardientes días del estío; hambriento en la desolacion universal, desnudo en la universal miseria; pareciendo más un habitante ya del sepulcro, que un joven y aguerrido combatiente de los campos griegos. La isla de Creta le nombró diputado al parlamento helénico. Flourens vistió el traje nacional de la raza por que combatía, y se fué á Atenas á reclamar en la lengua de Mirabeau la libertad para los últimos descendientes de Demóstenes. Algunos discípulos franceses de la escuela de Atenas, á la sazón en el Pireo, contábanme la impresion extraña que les causó ver en el traje de los montañeses candiotas, vestido con propiedad y con aire naturalísimo, al parisien de finas manos, de claros ojos, de tez blanca, de labios encendidos y sombreados por un bigote rubio; parisien, que solo pertenecía á las razas meridionales por la máscara bronceada con que había curtido su cutis el sol de Grecia, y por las pasiones tempestuosas con que había azotado á su alma el fanatismo por la libertad. El reino de Grecia no podía aceptar los diputados de Creta sin exponerse á una guerra con Turquía, y á un conflicto con toda Euro-

pa. Flourens fué embarcado en el puerto del Pireo y desembarcado en el puerto de Marsella. No pudiendo combatir por la libertad de la isla de Candía se consagró á trabajar por la libertad de la tierra de Francia. Su primer acto fué apoyar la candidatura de Rochefort con todas sus fuerzas. El segundo acto sostener las candidaturas injuramentadas con todo su entusiasmo. El tercer acto ir á Londres á mover y decidir á Ledru-Rollin para que saliera de su retraimiento y fuese á París. En todos estos empeños de la política ponía el fuego y el entusiasmo que en los empeños y en los azares de la guerra.

No he querido disminuir ni siquiera en el más leve ápice la figura de un hombre que ha sabido pelear y morir por sus ideas. Estamos en tiempos de egoísmo tan refinado que nos duele criticar á quien ha sentido la más profunda abnegacion y ha llegado al más puro y más desinteresado sacrificio. Flourens ha muerto peleando y el martirio será siempre la mayor purificacion de la vida. Pero digámoslo en verdad. Flourens, que supo morir la muerte de los héroes, no acertó á vivir la vida de los ciudadanos. Era un conjurado, un agitador, un tribuno, un revolucionario, no era un repúblico. Media por el calor íntimo de su alma creyente el calor de una sociedad descreída. Su exaltacion hacia estremecer pero no hacia adeiantar á los pueblos. Su agitacion extrema daba á París la epilepsia de la revolucion y no la constancia en el trabajo. Galvanizaba las muchedumbres con sus descargas eléctricas y no las animaba con esa luz serena, cuyo calor tranquilo se reparte igualmente como la sangre por todo el cuerpo social. Aquellas circunstancias del despertamiento de la pública conciencia despues de sus largos eclipses eran circunstancias más propias de la habilidad de un consumado estadista que de los arranques de un furioso tribuno. Por consiguiente las utopias de su imaginacion exaltada, los discursos de sus enardecidos labios, la fiebre

de su política, el afán de combate conducian más bien que á la victoria á la ruina de la democracia.

Y uno de los mayores ensueños de esta cabeza volcánica, era conducir á Ledru-Rollin á París. El gran orador se encontraba en condiciones bien extraordinarias; las diversas amnistías jamás le alcanzaron. Adrede, como acostumbraban los esbirros corzos de Bonaparte, le confundieron en una tentativa de regicidio, y por influencias opresoras y extrañas, le condenaron los tribunales franceses. Presentarse injuramentado, altivo, desafiando al poder, era tanto como presentarse á provocar la prision. Y ya preso, ó no era defendido por el pueblo en armas, lo que equivalía á inmenso desastre moral, ó era defendido, lo que equivalía, dada la fuerza de la guarnicion de París y la debilidad de las muchedumbres, á inmenso desastre material. Y despues de una batalla sangrienta, y de una derrota segura, el César, nuevo salvador de la sociedad, se fortalecía; y las esperanzas de una renovacion despertadas por el débil rayo de la libertad, se apagaban tristemente en las alteradas pasiones de la demagogia. Ledru-Rollin se negó, pues, resueltamente á presentarse en París. Con esta negativa rotunda ¡él! que se había enagenado ya el voto de los republicanos prudentes al prestarse á la manobra de la injuramentacion, se enagenó tambien el voto de los republicanos rojos. Las exigencias de los comisionados rayaron á la verdad en tenaces y la energía de Ledru-Rollin rayó en los límites del heroísmo: tanto le conjuraban y le asaltaban con súplicas y con promesas. El Imperio, decia Ledru-Rollin, perdido por la libertad, procura fortalecerse por la fuerza. La prensa imperialista pide todos los días una inmolation de diez mil republicanos. Los cuarteles rebosan y estallan de soldados prontos á lanzarse sobre su presa. El César desea una jornada sangrienta. Si ante la perspectiva del Imperio vencedor me lancé á la calle en 1849 para evitar su veni-

da, y acaso la aceleré, no quiero ahora en su agonía prolongar una existencia que desfallece y se extingue. Apóstol del sufragio universal durante la monarquía de Julio; su fundador en la República de Febrero; pretendo redimirle del juramento para matar el régimen de Diciembre, que solo podía rejuvenecerse y justificarse en mares de sangre. Y presentarme en París es tanto como traer este conflicto á toda la democracia francesa, y caer en una ruina cierta, cometiendo irreparable falta, y aceptando la responsabilidad de dañoso retroceso.

Desesperados de persuadir á Ledru-Rollin dirigiéronse á Luis Blanc. El gran historiador conservó siempre hasta en el destierro celosa rivalidad con el gran tribuno. Durante el gobierno provisional de la segunda República, el uno se agitaba en el Hotel de Ville, el otro en el palacio de Luxemburgo y desde ambos centros se hacian á muerte mutuamente encarnizada guerra. Ledru-Rollin creía que el socialismo de Luis Blanc pervirtió á los trabajadores, y trajo las dos heridas mortales de la democracia, la invasion de la Asamblea en Mayo y la guerra social en el horrible mes de Junio. Luis Blanc á su vez creía que el republicanismo puramente político de su competidor, sin ninguna medida ni sustancia social, apartó al pueblo de la República y trajo la ruina de la democracia. Ambos á dos, habían sin embargo modificado sus ideas en la expatriacion. Ledru-Rollin usaba una fraseología socialista en pugna con sus antiguas convicciones; y Luis Blanc creía más en la virtud de las públicas libertades y ménos en la autoridad del Estado, merced al vivo ejemplo de Inglaterra. Pero si habían modificado en el destierro sus ideas, no habían modificado sus pasiones. Y su rivalidad, más ó menos latente, continuaba siempre viva. Así es, que Monsieur Luis Blanc sintió el ver á los comisionados dirigirse á él como suplente y sustituto de su antiguo rival. Con la ingénu franqueza que le caracteriza, les mostró sus resentimien-